

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 377

Barcelona, 13 de Febrero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Nosotros
queremos que
el mundo sepa

que, además del derecho a la vida, tenemos salud y energías para vivir; que además de razón tenemos fuerza para imponerla.

(Del artículo: "Cargados de razón")

CARGADOS DE RAZÓN

Los parlamentarios extranjeros que nos han visitado en estos últimos tiempos han comenzado a proclamar, de vuelta a sus países de origen, la verdad de la razón española. Uno de ellos, el señor Vandervelde, ha iniciado, todavía sobre el suelo de España, su defensa de nuestra razón ante sus compatriotas. Como sólo les pedíamos que dijeran la verdad que les entrara por los ojos — lo que no quería decir, naturalmente, que pudieran comprometerse a otra cosa, sino que ni por cortesía desdibujaran la verdad —, su testimonio tiene un vigor extraordinario, y todas las afirmaciones respecto de la situación real de España coinciden en los puntos esenciales, y todas las protestas contra el maltrato de que se nos ha hecho víctimas, se apoyan en idénticos argumentos. No hay otros. Nosotros los venimos repitiendo desde hace dieciocho meses largos. Nuestros amigos extranjeros los han sentido ahora por vez primera. Quizá con la inteligencia los percibieron antes, pero sentirlos, con la sangre, con el corazón, con las entrañas, no los han sentido hasta después de ver la abrasada realidad española. Esto no es un reproche. ¿Cómo podría serlo? Es absolutamente lógico que haya ocurrido así; pero del hecho que haya ocurrido así, se desprenden las desventajas injustas que las Potencias amigas — amigas a pesar de todo y por que todo es relativo — han dejado que nos cayéramos sobre la cabeza. Tiempo es de que sean reparadas en lo posible, y aunque con ello esas Potencias se harán favor a sí mismas — favor moral y favor material — no faltarán sus tantos en las tablas de nuestro agradecimiento para las personas que hayan contribuido a crear el clima propicio para la reparación merecida.

Hemos oído en labios de nuestros visitantes palabras de entusiasmo, frases conmovidas, exclamaciones de estupor y de indignación; pero lo que más nos ha convencido y lo que más nos gustaría que se repitiera al otro lado de los Piri-

neos, es el razonamiento realista de un diputado francés, el cual vino a decir que se entendía, hasta cierto punto, que las naciones democráticas cerraran los ojos ante la monstruosidad jurídica y humana que la política de no intervención cometía con España, mientras parecía que la República llevaba las de perder; pero ahora, cuando se ve con toda certeza que la República va a ganar, además de una monstruosidad, la no intervención, practicada a beneficio de los rebeldes, es una estupidez. El razonamiento tiene un acre sabor maquiavélico, pero es agudamente certero y quizá el único viable en la lonja de intereses, que es la política internacional. Durante año y pico no nos han faltado simpatías conmisericordias. Los españoles estábamos cargados de razón y horros de fortuna. Con este ánimo se marchaban de nuestra patria los visitantes, que en ese tiempo decidieron ver la aventura española. Aquellas visitas no nos sirvieron para hacernos daño. Tener razón no es título suficiente para la consideración internacional. Derecho a la vida tiene el moribundo, y hasta la ciencia médica se encoge de hombros y lo abandona cuando se convence de que el desenlace fatal es inevitable. Nosotros queremos que el mundo sepa que, además del derecho a la vida, tenemos salud y energías para vivir; que además de razón tenemos fuerza para imponerla. Se nos dirá que demostrarlo ha sido cuenta nuestra y tarea en la que nadie nos podía suplir. Cierto; pero, como demostrado queda, bueno es que en Londres dejen ya de discutir tantos por cientos del respeto que nuestra causa merece; bueno es que cesen los chalaneos a nuestra costa. O al menos que sepan que la lección ha sido dura, pero la hemos aprendido a conciencia y no la olvidaremos al día siguiente de la victoria, que su falta de tino retrasa, cruel, innecesaria y, como ha dicho el diputado francés, estúpida-

(«La Vanguardia», 12-II-1938.)

Lecciones militares de la guerra civil española

El material bélico italiano y alemán ha fracasado completamente

Entre los libros recién llegados a nuestra Redacción, conviene destacar uno que ofrece en estos momentos un especial interés. A la misma hora que los telegramas de las Agencias extranjeras dan cuenta de la difícil situación política que atraviesa Alemania, como consecuencia de la pugna entre Hitler y una parte considerable del Ejército alemán, un libro que se nos remite desde París nos confirma plenamente la existencia de la grave discrepancia surgida. El testimonio es de calidad. Trátase de Helmut Klotz, oficial de la Marina alemana, que alcanzó relieve internacional con su «La nouvelle guerre allemande», y que ahora vuelve a situarse en el primer plano de la actualidad europea con un nuevo volumen: «Les leçons militaires de la guerre civile en Espagne».

Klotz nos habla de la oposición que la política española del Gobierno nazista ha encontrado siempre en las figuras más pre-

eminentes del Ejército alemán, las que no se avienen a que se lance a su pueblo a una aventura sumamente peligrosa. Los técnicos militares de Alemania consideran que la intervención en favor de Franco puede comprometer la reputación militar de Alemania. Para ellos, lo de España es una sangría inútil; pero los políticos se están imponiendo y obligan a los militares a combatir en empresas que no sienten y en cuyas beneficios no creen. La primera víctima de la pugna entablada fué el almirante Forster, quien en diciembre de 1936 dimitió porque no podía continuar avalando con su nombre prestigioso una locura que comprometía el porvenir de su pueblo. Un hecho ha puesto recientemente de relieve el disgusto con que los elementos militares de Alemania cumplen las órdenes de su belicoso e inconsciente Gobierno: En la *Haus der deutschen Kunst* se exhibe un cuadro gigantesco que representa el bom-

bardeo de Almería por el acorazado *Graf Spee*. Pues bien: la tela, que pretende hacer pasar como motivo de orgullo nacional un acto manifestamente cruel e injusto, fué ofrecida a la oficialidad del *Graf Spee*, y ésta rechazó el obsequio. Klotz prevé que llegará día que el malestar del Ejército creará una situación tan insostenible que desbordará toda disciplina. Y quizá sea esto lo que Hitler ha pretendido evitar con su último golpe de fuerza.

Klotz hace afirmaciones políticas muy interesantes. Para él, se están desarrollando sobre el suelo de España las primeras batallas de la guerra italogermana contra Francia y la Gran Bretaña. No se trata en modo alguno de una lucha ideológica, sino de una lucha de intereses. La campaña contra el bolchevismo es puro pretexto. Tampoco es cierto que la guerra civil española haya planteado una cuestión política imprevista, ante la cual todo el mundo ha tenido que tomar posi-

ciones, según su especial punto de vista. Nuestra guerra civil no ha creado una situación internacional, sino que ha sido esta situación internacional la que ha producido el conflicto. En 1926, Primo de Rivera concluyó un tratado con Italia, por el cual se comprometía España a conceder a aquélla, en caso de una guerra con Francia, el derecho a establecer una base naval en las Baleares, y, además, a oponerse al paso, a través de la Península, de fuerzas francesas procedentes de África. La República anuló este vergonzoso tratado, por el que se vendía la independencia de España a cambio de unas insignificantes ventajas económicas.

A partir de este momento, Italia, la Italia de Mussolini, se inmiscuye en los asuntos interiores de España, y el 31 de marzo de 1934 se firma un tratado secreto por el cual el dictador italiano se compromete a apoyar un movimiento insurreccional a cambio de que se restablezca el convenio firmado con Primo de Rivera. El tratado secreto fué convenido entre Mussolini e Italo Balbo y el general Barrera, como hombre de confianza de Sanjurjo; Olazábal y Lizarra, por los tradicionalistas, y Goicoechea, por Renovación Española. El acuerdo fué aprobado después por Alemania, a la que adquiría el derecho a ocupar, al producirse el conflicto con Inglaterra y Francia, la base naval de Canarias. Esto aclara completamente las cosas.

Pero nada de eso es nuevo para nosotros, aunque no carezca de valor la documentación que aporta Helmut Klotz y que desvanece toda posible duda. Más interesante resulta el estudio que se hace en el libro de las experiencias técnicas que con la guerra civil

española se están obteniendo. A lo que parece, tanto Italia como Alemania se han llevado muchos y amargos desengaños. Los tanques alemanes, de tipo ligero, que son los que se han utilizado en España, han dado pésimo resultado. En realidad, no sirven de nada, porque su blindaje no resiste ni a la fuerza de perforación de un buen fusil. Los primeros días tuvieron en su favor la impresión moral que producían en las fuerzas republicanas y la confianza que inspiraban al Ejército faccioso; pero esta ventaja se convirtió en grave inconveniente cuando unos y otros comprobaron la ineficacia de tan aparatosos artefactos.

Otro terrible desengaño se lo ha llevado el fascismo internacional con los aparatos de aviación, sobre todo con los de bombardeo. Los constructores italianos, por ejemplo, se preocuparon de aumentar hasta el máximo la velocidad de los aviones para facilitarles la huida de los cazas enemigos, y si bien en esto les acompañó la fortuna, después se ha visto la ventaja se ha obtenido en detrimento de otras condiciones indispensables. Los *Caproni* y los *Savoia* son muy rápidos, casi tan rápidos como los cazas; pero esta misma velocidad les impide precisar el objetivo, tanto más cuanto que no pueden «picar», pues perderían en seguida su estabilidad. La misma deficiencia, la falta de estabilidad, es causa de que el 99 por ciento de los aterrizajes forzados ocasionen la destrucción del aparato. En cuanto a los cazas italianos y alemanes son manifestamente inferiores a los rusos e ingleses y a los aparatos construidos en España según el modelo de estos últimos. Conviene

(Continúa en la página siguiente)

dejar este punto muy bien sentido, pues el pueblo español es muy impresionable y el fascismo muy jactancioso, y durante mucho tiempo creímos en la superioridad de los elementos de combate de que disponía el enemigo.

Helmuth Klotz deduce de sus observaciones técnicas que la

guerra rápida con que soñaban los alemanes es pura ilusión, ya que la próxima conflagración mundial será, como la anterior, de trincheras, y todavía más larga, debido a que si los elementos de ataque han mejorado considerablemente, los defensivos lo han hecho en mayor proporción. El antitanque puede más que el

tanque, y el cañón antiaéreo vence al avión agresor.

Esta es la lección que, según Helmuth Klotz, brinda el «ensayo general español».

L. B.

(«La Vanguardia», Barcelona, 11-11-1938.)

Por la salvación del mundo

contra la guerra

“GRITAR” ES UN DEBER

Por François Mauriac, de la Academia francesa

Se decía en tiempos de la Monarquía que el silencio, de los pueblos es la lección de los reyes. El silencio no es la lección de los dictadores, porque éstos lo exigen de sus pueblos y están orgullosos cuando lo obtienen de los extranjeros. Ven en él un signo de timidez, de cobardía. Encuentran en él un estímulo para redoblar su audacia.

El público no está obligado a tener la prudencia de los diplomáticos. Tendría no pocas ocasiones de manifestar su dolor, su horror. No me resigno a la apatía de nuestra opinión, a su indiferencia ante los peores atentados contra lo más débil que hay en la muchedumbre humana, contra lo más desarmado: las mujeres, los niños.

En el cine, atroces actualidades, no suscitan ningún movimiento en la multitud adormilada. En la pantalla, una mujer china, una catalana, se yerguen en medio de los escombros y parecen mirar con un reproche punzante a esas masas europeas que fuman y se callan.

Y, sin embargo, todo el mundo sabe que ese horror está a nuestras puertas. Los jóvenes ya no hacen proyectos; ya no se encaran con el porvenir. Se consideran como parte de ese armamento formidable a que todas las naciones de Europa, con una prisa febril, dan la última mano. No ignoran que forman parte de él, como tiradores y como blanco a la vez, y que no se les necesitará hasta el último minuto. Mientras tanto, se callan y, de antemano, aceptan. Está dentro del orden de las cosas: todas las generaciones destinadas a la matanza lo sabían y se han callado. Pero, ¿y nosotros, sus padres y sus amigos?

Nuestra suerte, sin duda, no sería diferente de la suya. Paul Valéry me aseguraba que en esos hermosos días que acaso están al caer, se estaría mejor en la línea Maginot que en la calle de Villejust. El domingo pasado, en Barcelona, unos aviadores le han dado la razón: 85 niños han sido interrumpidos en medio de sus juegos, y nunca más volverán a jugar en este mundo.

Pero justamente porque la misma amenaza se cierne sobre todas las razas, sobre todas las clases, sobre todas las edades, es por lo que asombra ese silencio universal, ese mohino consentimiento de millones de borregos, de ovejas y de corderos, a lo que les preparan los lobos que les sirven de pastores.

¿Para qué gritar? ¿Y lo preguntáis? Todos los historiadores están de acuerdo en reconocer que el Terror, en 1793, no hubiera sido tan sangriento si se hubiese oído el clamor de las víctimas. Fué su misma resignación lo que hizo de aquellas ejecuciones cotidianas un acto normal, habitual. Si muchos condenados hubiesen lanzado los alaridos que madame Dubarry y, sin rebajarse como hizo ella, hasta suplicar al verdugo, si muchos hubiesen arrojado a la multitud y proclamado su inocencia, se habría hecho más difícil la matanza y el pueblo no hu-

biera esperado tantos meses para ceder a la repulsión y para gritar: «¡Basta!»

Lo más triste es que en ese resignarse a las matanzas y en esa indiferencia pública entra un elemento de complicidad. Tales hechos ya no despiertan el mismo horror que antaño en ciertos franceses, como lo atestiguan los acontecimientos de estos últimos meses.

Desde luego, la «Cagoule» no es más que una manifestación extrema y, afortunadamente, limitada de ese estado de espíritu... Pero, sin llegar hasta los atentados, muchas gentes de bien sufren su contagio en estado difuso. Se reconoce en numerosos signos, y con frecuencia son los menores los que sobre todo se evidencian como significativos. A mí, por ejemplo, me había chocado, este otoño, leer, a la cabeza de una honestísima revista para las familias, de una revista extremadamente «ñoña», esta frase infame: «Estoy convencido de que el envilecimiento progresivo de las naciones civilizadas proviene de su ridículo respeto a la vida».

Frasecilla mortal: lo que germina de ese semilla lo hemos visto en el triste asunto de los «cagoullards», en que, entre criminales auténticos, se han visto comprometidas algunas personas honradas que no habían

nacido para el crimen. Frase que no es de nuestra tierra, y cuya marca extranjera conocemos. ¡Frase mentirosa, sobre todo!

Creemos que el respeto a la vida es el signo del verdadero heroísmo. Las palabras de Cristo: «No hay amor más grande que dar la vida...» (darla, para salvar otras vidas), son las palabras que crean los héroes según nuestro corazón y que, el día en que fuésemos asaltados, harían levantarse a nuestro pueblo entero.

Pero porque somos ese pueblo, no debemos aceptar en silencio los atentados contra la vida. No debemos permanecer silenciosos ante unos niños asesinados. Es menester que los que derraman la sangre de Abel no nos crean indiferentes, aterrorizados o cómplices. Porque, si son harto incapaces de ceder a las razones del corazón, saben que, en caso de conflicto, esas razones se vuelven con temible potencia contra quienes las ignoran. En 1914, Alemania lo aprendió a su propia costa, y no creemos faltos de memoria a sus jefes.

Es, pues, necesario que nuestra indignación se manifieste sin timidez. La iniciativa que ha tomado el Gobierno francés para la defensa de las ciudades abiertas debe ser alentada y apoyada no sólo por la Prensa de todos los partidos, sino también por

Los rebeldes destruyen la cultura

Institutos suprimidos por los rebeldes

Astorga	Rivadeo	Zafra
Lucena	Béjar	La Estrada
Tudela	Noya	Priego
Algeciras	Trujillo	Arévalo
Baracaldo	Aracena	Betanzos
Cazalla de la Sierra	Burgo de Osma	Carmona
Fregenal de la Sierra	Cervera del Río	Eibar
Inca	Acharria	Haro
Medina de Rioseco	Guernica	Medina del Campo
Peñaranda de Bracamonte	La Robla	Nerva
Sanlúcar de Barrameda	Miranda de Ebro	Reinosa
Toro	Portugalete	Tafalla
Villanueva de Lugo	Santoña	Vélez Málaga
Ecija	Utrera	Sevilla
La Línea	Málaga	Oñate
Mérida	Morón	Santander (Menéndez Pelayo)
Santa Cruz de Tenerife	Molina de Aragón	Peñaroya - Pueblo Nuevo
	Monforte de Lemus	Ronda
	Talavera de la Reina	

el hombre de la calle. Es tiempo de que la nación francesa cobre conciencia de lo que representa a los ojos del mundo: un heroísmo fundado en el respeto a la persona humana. Cuanto más alta suba esa llama, más vacilarán, también, las fieras que rondan.

No es que baste para protegernos, sin el poder de las armas. Pero no contemos con la fuerza material solamente. Nuestros adversarios extraen su poder no tanto, acaso menos, de los cañones y de los aviones, como de un feroz ideal. Sepamos no traicionar el nuestro. Por fidelidad al Espíritu—«el espíritu de que somos»—será cómo, finalmente, y, si a Dios le place, sin guerra, obtendremos la única victoria deseable: una victoria pacífica en una Europa reconciliada.

Hay que advertir ciertas novedades introducidas para la evaluación de los salarios de esta clase de personal, al que se computan, formando parte de aquéllos, cantidades fijas según una escala preestablecida de núcleos de población, por las retribuciones de alimentación y alojamiento, con lo que el salario base para la fijación de las primas y, consiguientemente de las pensiones, significa una suma de relativa consideración y equivalente al salario normal de los obreros no calificados.

Para que la gestión del nuevo Seguro, a realizar en zonas no acostumbradas a la mecánica del Seguro general o mercantil, ofrezca las necesarias garantías y todos los trabajadores del servicio doméstico puedan gozar de los beneficios de la Ley, queda reservada su ejecución al organismo asegurador oficial, y es la Caja Nacional la única entidad que puede asumir dicho riesgo y la responsable de la constitución de los capitales generadores de las rentas. De esta forma se facilita igualmente la afiliación, cuyo fin están facultadas las Asociaciones obreras y profesionales para la investigación del cumplimiento del Seguro. Otras intervenciones se han previsto, como la de los recaudadores del impuesto de cédulas personales, para que cooperen a la extensión del Seguro, coadyuvando a la misma finalidad la Inspección de Seguros Sociales, a la que atribuyen jurisdicción las disposiciones mencionadas para imponer multas a los dueños de casa que no aseguren a su personal.

Puede resumirse lo anteriormente expuesto, diciendo:

Que España, en las azarosas circunstancias presentes, incorpora a los beneficios de la Ley de Accidentes a una clase que, como la de los servidores domésticos, no goza de igual protección más que en contados países, adelantándose a lo que el día de mañana será seguramente objeto de las convenciones de Ginebra.

Que para dar absoluta garantía a esos trabajadores, se reserva al Estado la gestión del Seguro, por medio de la Caja Nacional.

Y que para dar efectividad a las disposiciones que así lo ordenan, se han introducido innovaciones del mayor interés relativas a la inclusión del nuevo personal y a la rápida extensión del Seguro.

Los servidores domésticos, protegidos por la Ley de Accidentes del Trabajo

La República española, plenamente identificada con las actuaciones de Ginebra, implantó en 1.º de abril de 1933 el Seguro obligatorio contra los Accidentes del Trabajo, ratificando el Convenio de 1925. Como órgano idóneo para la práctica del Seguro, el Instituto Nacional de Previsión dió vida a la Caja Nacional de Seguro de Accidentes del Trabajo, que es la entidad donde el Estado autoriza la constitución de capitales y que se encarga del pago de las rentas. Le está confiada asimismo la gestión exclusiva del Seguro oficial y, libre de finalidades de lucro, la defensa de los intereses de la clase trabajadora. Como órgano del Instituto Nacional de Previsión, le corresponde también la iniciativa y el asesoramiento al Gobierno respecto a la mejora y ampliación de las disposiciones legislativas en orden al Seguro de Accidentes.

El criminal movimiento fascista no ha paralizado su labor actuando a reajustar el funcionamiento de las entidades aseguradoras privadas y haciendo cumplir a todos aquellas responsabilidades marcadas por la Ley, dando forma a procedimientos de tramitación rápida y de cumplimiento del Seguro por parte de las nuevas figuras de patronos y colectividades, propensas, por razón de su nacimiento espontáneo,

a olvidos y transgresiones de la política social del Estado.

Ha logrado la Caja Nacional en estas difíciles circunstancias que el Seguro obligatorio de accidentes conserve su fisonomía peculiar y garantice plenamente a los obreros el disfrute de los beneficios concedidos al amparo de las normas internacionales. Pero la Caja, continuando la tradición, que es una de las ejecutorias más preciadas del Instituto Nacional de Previsión, no se ha detenido en su marcha progresiva y, anticipándose a la mayoría de los países, aun los más avanzados en estas materias, amplía la zona de aplicación del Seguro obligatorio de accidentes, que desde 1.º de febrero del año actual protege a los trabajadores del servicio doméstico que habían quedado excluidos de las recomendaciones del Convenio de Ginebra.

La Ley vigente en España contenía algunos preceptos que podían fundamentar la inclusión del servicio doméstico, y la Caja Nacional hubo de mantener que lo reputaba indispensable, no ya por sentido social, sino por apreciación humanitaria. Aun en el supuesto de que el legislador hubiese querido beneficiar únicamente a los obreros que con su trabajo contribuyen al lucro industrial de aquellas personas para las cuales trabajan, sería injusto desconocer que los servido-

res domésticos contribuyen al lucro de su patrono: el servidor que abre la puerta, atiende a las llamadas telefónicas, lleva las cartas, etc., etc., aporta a la economía de su principal elemento tan interesante como el operario de una fábrica con respecto a su empresario. Y aparte de esa consideración siempre existiría la de que, representando el servicio doméstico una secuela de esclavitud (que va desapareciendo incluso en los países de tipo capitalista, para convertirse en una labor independiente en condiciones similares a las de todos los demás trabajadores manuales), era obligado — en estos momentos en que nuestra República se cuida de dar a su actuación un sentido social más avanzado — propugnar una norma que, sobre ser justa, tiende a la dignificación de una clase de asalariados.

Así lo ha estimado el Gobierno y, por los Decretos de 28 de octubre de 1937 y 9 de enero de 1938, el personal de servicio doméstico está protegido por la Ley de Accidentes del Trabajo. Los derechos que ésta les concede son: pensiones vitalicias del 25 por 100, 37,5 por 100 y 50 por 100 de su salario en casos de incapacidad permanente; pensiones vitalicias y temporales para los derechohabientes de las víctimas, y cantidades para gastos de sepelio, en los casos de muerte.

La protesta en Francia contra los bombardeos de ciudades abiertas

Con gran afluencia de público se celebraron anoche en París los mítines de protesta contra los bombardeos de ciudades abiertas

París, 11. — En la tarde de ayer en la Embajada de España en París se celebró una recepción en honor de los parlamentarios extranjeros que han visitado España. Entre los presentes se encontraban el ex ministro Maurice Viollette, el ex ministro de Colonias Marius Moutet, el ex ministro y miembro del Instituto Emile Borel, presidente de la Asociación francesa para la Sociedad de las Naciones; el senador sueco Branting; el profesor Ivanovitch y el reverendo Woods. Asistieron a la recepción los parlamentarios españoles Martínez Barrio, presidente de las Cortes; Margarita Nelken, Portela Valladares, Marcelino Domingo, Ramón Lamóneda, Gasset, Rubió Tudurí y Picavea.

Anoche tuvo lugar en el Palacio de la Mutualidad el gran mitin organizado por el Comité Internacional de coordinación e información para la ayuda a España republicana, para protestar contra la matanza de las poblaciones civiles en España. Fué tan numeroso el público que no encontró sitio en el gran salón, que fué preciso organizar dos mítines más en otros dos locales, uno bajo la presidencia del ex ministro Maurice Viollette, del embajador de España en París, Ossorio y Gallardo, de Martínez Barrio, presidente de las Cortes, y de los 34 parlamentarios representantes de 10 países europeos, los cuales han asistido a la última sesión de las Cortes españolas. Ocuparon la presidencia del otro mitin el diputado español Picavea y otras personalidades extranjeras. El ex ministro Viollette abrió el mitin pronunciando un discurso contra los bombardeos. «Estas matanzas — dijo — no tienen justificación, no tienen excusa y no tienen razones; sin ningún motivo arruinan y siembran la muerte en las ciudades abiertas. Los fascistas intentan sádicamente transformar a España republicana en un cementerio. Las democracias no pueden permanecer impasibles frente a este crimen. El peligro de España puede ser mañana el nuestro.»

El ex ministro exaltó el heroísmo de las tropas republicanas y dijo que Teruel es el Verdun español. Expresó el reconocimiento del pueblo francés hacia la noble nación española.

Después habló Marcelino Domingo, representante de Izquierda Republicana, el cual denunció los salvajes bombardeos de los fascistas y subrayó la necesidad para el mundo pacífico de reaccionar enérgicamente. Protestó contra el falso pretexto de oponer en España fascistas contra comunistas. Pretexto que es una invención del agresor.

Ramón Lamóneda, secretario del Partido Socialista español, denunció vivamente los salvajes bombardeos aéreos. «En España — declaró — hay un orden como no lo ha habido nunca. Y lo más notable es que un pueblo en guerra respeta voluntariamente este orden. España ha sabido en poco tiempo formar un ejército regular, a pesar de las enormes dificultades creadas por los reaccionarios. La creación de un ejército en un período de un año es un ejemplo para el mundo. Nosotros no hemos querido la gue-

rra, pero la haremos hasta su final victorioso.»

A continuación habló Portela Valladares, ex presidente del Consejo, representante de los grupos de oposición. «La guerra de España — declaró — no es una guerra civil, sino una guerra nacional, una guerra por la independencia.» Recordó que bajo su gobierno fueron organizadas las elecciones que llevaron a las Cortes una mayoría de Frente Popular. Estas elecciones provocaron la caída del gobierno que presidía, lo cual prueba la legalidad con que fueron organizadas. Portela Valladares denunció también los actos salvajes de los fascistas.

El senador Morizet, del partido socialista, habló de los 80 aviones italianos de la base de Mallorca que bombardean las ciudades abiertas de España. Defendió la necesidad de abrir las fronteras y restablecer la libertad de comercio con España republicana, precisamente para defender la paz.

El senador sueco, Branting, al denunciar la agresión del fascismo internacional, expresó su confianza en el triunfo final de los republicanos y terminó su discurso gritando: «¡Viva la unidad de todos los antifascistas del mundo!»

El diputado yugoeslavo Ivanovich, profesor de la Universidad de Belgrado, en nombre del pueblo yugoeslavo saludó al pueblo español, y afirmó que Yugoslavia está completamente al lado de España republicana en su lucha contra el fascismo.

El secretario del partido socialdemócrata de Noruega, Gerahsen, hizo una exposición de los bombardeos aéreos contra las ciudades abiertas, habiendo presenciado varios de ellos durante su estancia en España.

El diputado comunista francés, Ramette, después de exponer los horrores de los bombardeos de las poblaciones civiles, destacó que todos los partidos políticos de España están unidos, con un sólo fin: echar a los agresores de la tierra española.

El reverendo Woods, del partido laborista, pronunció un discurso pidiendo la anulación de la no-intervención y la apertura de las fronteras con España republicana.

Margarit Nelken, diputado comunista español, describió con emoción los horrores de los bombardeos. «Nada — dijo — se puede comparar a la matanza de una población civil indefensa.» Criticó la política de no-intervención y pidió a los pueblos que hicieran comprender a sus gobiernos el significado de la lucha en España.

Por último, el presidente de las Cortes, Martínez Barrio, pronunció su discurso. En nombre de toda España dió las gracias a todos por sus palabras y los sentimientos de adhesión que habían expresado en favor del pueblo español. «Es preciso que las democracias comprendan que al defender la causa de todos los pueblos libres, España impide que la guerra pueda extenderse. Nosotros tenemos el derecho de pedir a las democracias que no permitan que se nos ahogue cerrando las fronteras.»

Martínez Barrio terminó su

discurso expresando su confianza en el triunfo final, porque, dijo, «la causa del pueblo triunfa siempre». Se votó por unanimidad una resolución protestando contra los crímenes del fascismo en España y los bombardeos de las ciudades abiertas. Todos los oradores fueron ovacionados por la gran muchedumbre que llenaba los locales.

DECLARACIONES DEL SEÑOR MARTINEZ BARRIO

París, 11. — El presidente de las Cortes, señor Martínez Barrio, nos he hecho las siguientes declaraciones sobre la situación en España: «La situación política en España tiene carácter de absoluta estabilidad. Se encuentran representados en el Gobierno todos los partidos que constituyen el Frente Popular; es decir, socialistas, republicanos de izquierda, comunistas, nacionalistas vascos y catalanes. Desarrollan su obra gubernamental con un espíritu de mutua transigencia y con absoluta compenetración. La propaganda de los distintos programas políticos ha pasado a segundo término. La aspiración principal y casi única de todos los partidos es la de ganar la guerra, dejando para los días futuros la solución de los problemas que plantea la reorganización total de los órganos del Estado.»

«Un compromiso hay entre las diversas fuerzas gubernamentales, y es el de gobernar dentro de la Constitución, con el espíritu de la Constitución y a base de sus orientaciones fundamentales. España es una república democrática y parlamentaria donde el poder ejecutivo no se complace en ejercer otras facultades que las que le asigna la carta constitucional. Aun viviendo, por razón de la guerra, en régimen de censura de prensa, los españoles tienen una libertad de expresión igual, si no superior, a la de la mayoría de los países de Europa. No me cansaré de repetir que después de los primeros meses luctuosos en que el Estado, traicionado por sus funcionarios, carecía de los organismos precisos para realizar sus funciones rectoras, ha recobrado la plenitud de sus poderes, y actúa hoy eficazmente, teniendo sometidas a la ley a todas las clases de la sociedad.»

«Con relación a la marcha de las operaciones militares, mi criterio es que se afianzará cada día más la superioridad de las armas republicanas. No quiere esto decir que en algún momento, y por razón de la enorme cantidad de material de guerra y de hombres que han sido facilitados a los rebeldes por el extranjero, no tengamos que sufrir un pequeño revés. Pero el esfuerzo metódico y perseverante de la obra que el Gobierno realiza nos llevará definitivamente a la victoria.»

«La opinión internacional, como la española, conocen exactamente las cualidades intelectuales y organizadoras del presidente del Consejo, doctor Negrín, y del ministro de Defensa Nacional, Indalecio Prieto, así como las sólidas virtudes militares de los generales Miaja, Pozas, Rojo y Saravia.»

Carteles anti-italianos en Alemania

Londres, 11. — El corresponsal en Munich del *Daily Telegraph* dice que la Asociación de las minorías alemanas en el extranjero ha pegado carteles en varias ciudades de Alemania. En esos carteles se presenta el régimen a que viven sometidos los austríacos del Tirol meridional sometido a Italia. Los carteles declaran, especialmente: «Visitad el Tirol meridional para ver cómo tratan a vuestros hermanos alemanes sus opresores italianos. En el Tirol del sur los alemanes viven en un régimen de espionaje y de terror. Los pueblos alemanes están llenos de espías y de matones italianos.»

El corresponsal del *Daily Telegraph* destaca que es la primera vez que en Alemania se hacen manifestaciones públicas contra Italia.

(«El Diluvio», 12-11-1938.)

La muerte de Palacio Valdés y las mentiras de la prensa italiana

Como saben los lectores, el ilustre novelista don Armando Palacio Valdés, nacido en Entralgo (Asturias), ha muerto en Madrid, a los 85 años de edad. Su robusta senectud no ha podido resistir al dolor lancinante de la tragedia española.

Palacio Valdés era de los nuestros. Pertenece ideológicamente al catolicismo liberal, a esa minoría de creyentes sinceros que fueron aliadados cuando la Gran Guerra, y que en 1932 se adhirieron honradamente a la República. Todos ellos la siguen sirviendo con lealtad y entusiasmo ejemplares. Su antifascismo se fortifica y acendra con la lectura de las Encíclicas papales, en que se anatematiza las ideas y los regímenes totalitarios. Digamos de paso que las Encíclicas citadas no pueden ser leídas en las iglesias de la España fascistoide. Así lo ordenó al clero el cardenal primado Gomá, por orden de Franco, el cual, a su vez, lo dispuso de tal modo al recibir claras indicaciones del embajador de Hitler en Salamanca. La obediencia al Papa obliga menos a la Iglesia española que la obediencia al *führer*.

Pero nos hemos apartado un tanto del motivo ocasional de estas líneas, o sea del fallecimiento de don Armando Palacio Valdés. Este murió rodeado de todas las atenciones y respetos posibles. Las autoridades y el pueblo de Madrid no podían olvidar que el octogenario autor de *Marta y María* y *Los Majos de Cádiz*, se había negado, repetidas veces, desde el principio de la guerra civil y nacional, a abandonar la capital de España. «Aquí he vivido feliz muchos años y aquí quiero morir. Es mi deber y mi gusto», decía a quienes le aconsejaban que se fuera a otra población menos atormentada por la lucha. Y agregaba: «Sólo pido que mi cuerpo repose en el cementerio de la aldea de Entralgo.»

Su cuerpo reposará en el cementerio pequeñito de Entralgo, cuando Asturias vuelva a ser republicana y española. Palacio Valdés, que combatió bravamente con su pluma veterana de viejo maestro de la novelística a los imperios centrales, desde 1914 a 1918, que era un latino luminoso y ágil, que odiaba al germanismo torpe, zafio y pesado, que aborrecía lo feo y, en nombre de la belleza del paisaje, se opuso en *La aldea perdida*, a la profanación de su Asturias idílica por el capitalismo minero y fabril, veía con horror — nos consta — la traición de los militares. Las bombas que destruían Madrid y que hacían explosión sobre su cabeza venerable, sembrando el estrago, eran alemanas y las disparaban cañones alemanes o las arrojaban pilotos alemanes desde los *Junker* y los *Heinkel* fabricados en Alemania. Luego, los italianos les ayudaron en la infame obra. Pero Palacio Valdés reservaba para el teutón brutal, impermeable a los estímulos de la dignidad civil, sus críticas más acerbas. Sus recuerdos de la Gran Guerra le asaltaban constantemente. Le parecía monstruoso que los frentes que recorriera, en sus viajes a Francia, hubiesen tenido en los arrabales madrileños una continuación científicamente salvaje.

Naturalmente, la prensa italiana, y suponemos que también sus sucursales de Francia e Inglaterra, han aprovechado la noticia de la muerte de Palacio Valdés, para fomentar su campaña de cínicas mentiras. Dice — lo hemos leído en *La Tribuna* de Roma y en *Il Popolo* de Turín — que el insigne autor de esa gran novela anticlerical y antiesufista titulada *La Fe*, ha muerto desamparado y abandonado, en una gran miseria. ¿Y por qué lo dice? Porque lo supone y hace de la suposición una afirmación categórica.

Toda la prensa de la España republicana ha comentado la dolorosa pérdida en artículos y necrologías sentidísimos. No quedó órgano periodístico alguno que no cumpliera tan triste, pero inexcusable deber. Y toda ella ha señalado también que el anciano maestro no quiso salir de la capital de España y que estuvo rodeado, hasta que exhaló el último suspiro, de todos los cuidados compatibles con las circunstancias.

Sí, lo repetimos: Palacio Valdés era de los nuestros. Su antifascismo tenía honda raigambre en su vida y en sus libros. La pluma que escribió aquella crónica en que se maldecía a los aviadores teutones, que desde los *Tauben*, con cruces de hierro en las alas, bombardeaban las ciudades francesas de la retaguardia, no se había mellado todavía. Y de seguro, trazó, guiada por mano indignada y trémula, páginas que están inéditas, pero que alguna vez verán la luz...

NOTA INTERNACIONAL

Testimonio elocuente de la amistad francoinglesa

Significativa de veras resulta la próxima visita de los reyes de Inglaterra a París. En vano se querrá encerrar ese viaje en el marco de los viajes protocolarios. Las circunstancias actuales le otorgan una importancia política que no podrán negar ni aun aquellos escépticos para los cuales las relaciones europeas son tan inseguras como la propia paz del continente.

Los que esperaban que se debilitase la alianza francoinglesa por la acción corrosiva de la diplomacia fascista, tendrán que aceptar su solidez, puesta a prueba varias veces en estos últimos tiempos. Las conversaciones de Berlín tomaron un giro imprevisto tan pronto como Delbos y Chautemps llegaron a Londres. La salida de Italia de la Sociedad de Naciones no ha hecho otra cosa que fortalecer la coincidencia de Londres y París, que estuvieron acordes, sin esfuerzo, en mantenerse fieles a los principios de Ginebra, a pesar de la ofensiva filofascista de las pequeñas naciones que se sienten atraídas por el eje Roma-Berlín. Ahora mismo, en el problema del Mediterráneo, los Gobiernos francés e inglés desarrollan una acción paralela, que arrastra incluso a Italia, tan insegura y temerosa cuando ve pisar terreno firme a las democracias.

Todo hace suponer que el frente de la paz empieza a insinuar sus perfiles en el horizonte mundial, a base, naturalmente, de estas dos grandes potencias, que, olvidando una tradición de discrepancias, se deciden a mantener con firmeza la amistad contraída en momentos difíciles, cuando lucharon juntas contra el imperialismo germánico. Han pasado los tiempos en que los intereses de estos dos pueblos originaban trágicas discusiones para lograr la hegemonía europea. Desde la Isabel que hizo decapitar a Essex, después de amarle mucho, porque no fué capaz de vencer a los franceses, hasta esta joven reina Isabel que se dispone a visitar París con su esposo, ha corrido mucha agua por el Támesis y el Sena. Otros pueblos han venido a constituir peligro cierto para Inglaterra, que se encuentra ahora en el momento crucial de su existencia como Estado árbitro de la suerte del mundo. Ninguna

diferencia notable separa hoy a franceses e ingleses. Afinidad de regímenes, relaciones económicas excelentes, objetivos idénticos, confianza mutua ante los inminentes peligros de los nuevos imperialismos.

Ambas potencias representan el equilibrio de una gran civilización política, a la que amenazan los Estados totalitarios lanzándose a la práctica desaforada de la violencia. Soportes del régimen liberal, que no excluye la fortaleza del Poder, Inglaterra y Francia despiertan el odio del fascismo porque representan la moderación y el respeto a la ley, la severidad en las relaciones públicas y el reconocimiento del derecho que pueblos e individuos tienen para administrar su propio destino. El fascismo quisiera, por ejemplo, que Inglaterra desahuciase a la U. R. S. S. de las relaciones europeas, no por lo que esa nación ofrece de contagio social, sino por lo que aporta al normal desarrollo de la política europea sostenida sobre principios democráticos. Inglaterra, a pesar del pacto francorruso, y quizá por razón de ese mismo pacto, estrecha sus relaciones con Francia y acepta implícitamente formar en la gran trinidad de naciones libres que salvará la paz de Europa, aunque sea con las armas en la mano.

La visita a París de los soberanos ingleses se anuncia en un momento en que Inglaterra renueva sus conversaciones con Italia y Alemania para buscar el deseado «arreglo europeo». Tanto Hitler como Mussolini reciben con ello una advertencia. Todo acuerdo tendrá que partir de ese principio: Inglaterra y Francia caminan juntas en materia de política internacional y será inútil tratar de indisponerlas. La premisa es indispensable y en ella está toda la fuerza de la tesis que sostienen los países democráticos para encontrar una salida a la difícilísima situación actual.

Mientras la señora Simpson, la esposa del rey frustrado de Inglaterra, felicita a Ribbentrop, los auténticos soberanos ingleses visitan la Francia del Frente Popular. Puede que el contraste sea de verdad simbólico.

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

Vivió oculto durante algún tiempo. Un día, los falangistas supieron por una delación que estaba en su propia casa y fueron a buscarle.

Se había fabricado un escondite detrás de una chimenea; pero dieron con él, y allí mismo, en aquel agujero en el que estaba absolutamente inmobilizado, le agredieron, causándole varias heridas. Cuando le sacaron exánime, el jefe de la cuadrilla de falangistas pareció apiadarse de él. —¿Por qué no nos has dicho desde el primer momento que estabas sin armas? Si lo hubiéramos sabido, no te habríamos hecho daño.

El falangista, con grandes extremos, no sólo parecía condolerse del prisionero y del mal que le habían hecho, sino que él mismo estuvo restañándole la sangre y poniéndole unas vendas. Luego, se lo llevaron detenido.

Al día siguiente, el cadáver de Antonio Campos Caride aparecía en la carretera horriblemente mutilado.

UNA «REVOLUCIONARIA»

«La Calesa» —no sé más que el apodo— era una muchacha alegre, vendedora de periódicos, uno de esos gorrones que viven al azar y a la ventura, en medio del arroyo. «¡Es una loca!», decían las gentes de buenas costumbres de Vigo. Era, ni más ni menos, lo que son los mi-

llares de infelices criaturas, crecidos en el desamparo y la impiedad de la calle, en todas las ciudades del mundo.

«La Calesa» tenía un puesto periódico al lado del círculo «Gimnasio», y los señoritos de Vigo la conocían bien. Ella también conocía a fondo, y por reacción mental contra ellos, «se había hecho revolucionaria», como ella misma decía con pueril presunción. Era muy orgullosa de ser socialista, y fraba todo su orgullo en que un periódico de Madrid hubiese publicado un retrato suyo, en el que aparecía con el puño en alto.

Cuando triunfaron los militares, ésta era una cuenta que había que saldar. Un grupo de jóvenes falangistas se apoderó violentamente de «La Calesa» y se la llevó a uno de los cuartelillos de barrio de Falanga, donde, durante unos días, los señoritos falangistas de Vigo se vengaron a placer de los desplantes revolucionarios de aquella «desvergonzada» humillándola y haciéndola víctima de cuantos atropellos y vejaciones quisieron. Luego, la mataron.

Se dijo que el cadáver había aparecido con los senos cortados; pero esto yo no lo vi, ni oí decir a nadie que con sus propios ojos lo hubiese visto. Tal vez no era verdad. ¿Quién sabe?

Los manejos franquistas en Francia

Continúa detenido el marqués de Portago, sobre el que pesa acusaciones graves

París.—Respecto al asunto del titulado marqués de Portago, la Seguridad Nacional no ha recibido todavía el informe pericial relativo al tubo que contenía sustancias venenosas.

Según el «Paris Soir», Portago ha negado formalmente que se hubiese prestado a «una maquinación tan abominable como la de preparar cultivos bacilares para hacer estallar epidemias en Francia».

El periódico pone de manifiesto, de todos modos, que a medida que va avanzando la encuesta, Portago aparece cada vez más como la «eminentia grise» de la Comandancia de Irún; pero la instrucción del sumario no está lo suficientemente avanzada todavía para determinar de una manera concreta el papel exacto que en el tejido de maniobras de los agentes fascistas en Francia puede haber representado Portago.

Por otra parte, «L'Intransigeant» dice que Portago ha declarado al juez instructor del sumario que era víctima de un complot destinado a «perjudicar la causa nacionalista y a él mismo».

El periódico «Ce Soir» dice esta noche que la Policía tiene una lista de las personalidades que Portago, junto con sus cómplices Escoriaza y Arana, se proponían trasladar a la España rebelde después de haberlos cloroformizado.

Es curioso poner de manifiesto que «Ce Soir» establece una clara relación entre el asunto Portago y la detención del señor Ducoureu, agente consular francés, por los rebeldes españoles.

El mencionado periódico añade: «Ducoureu fué víctima de una provocación. Un agente de la Comandancia de Irún, la identidad del cual es ahora bien conocida, se presentó en el domicilio del agente consular francés en Irún. Mientras esperaba en la antesala, hizo deslizar,

detrás de un espejo, una carta anónima, cuyo contenido es también conocido actualmente. De este modo fué como Ducoureu pudo ser encarado impunemente en la cárcel, que las autoridades francesas pudieron saber nunca los motivos del encarcelamiento, porque después de la visita del mencionado agente de la Comandancia de Irún, la Policía tuvo buen cuidado de dirigirse al domicilio de Ducoureu y «encontrar» la carta que tan cuidadosamente se había escondido.»

Además, «Ce Soir» recuerda que el «marqués» de Portago recibía a menudo en su casa de Biarritz la visita del «coronel» Hungria, jefe de espionaje rebelde. Finalmente, el periódico citado dice:

«Todos estos procedimientos son del más puro estilo Martínez Anido, ministro del Interior, de Burgos, el cual ya bajo la Monarquía hacía uso de los pistoleros provocadores. Además, podemos afirmar que Martínez Anido tiene como colaboradores suyos dos agentes de la Gestapo, que se llaman Karl Riess y Jakob Rüger, los cuales se encuentran actualmente en Burgos.

El «SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN» se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente

Lo que han hecho en Galicia

El terror en la provincia de Pontevedra

XVI

EL ADIOS AL CONDENADO

Una madrugada sacaron de la cárcel, para fusilarle, a un pobre hombre, empleado del Juzgado de Vigo. Era un hombre joven, llamado Bamio, hermano de un boxeador muy conocido. El fusilamiento debía tener lugar, como de costumbre, en el castillo de El Castro, y el reo, custodiado por unos guardias, fué trasladado en automóvil al lugar de la ejecución. Era en pleno verano, y la fúnebre comitiva cruzó las calles de la ciudad cuando ya había amanecido. Al pasar por el mercado de El Progreso, donde los vendedores estaban colocando sus puestos, el reo, con la desesperación de la muerte, les gritaba:

—¡Lévanme a matar! ¡Lévanme a matar!

Pasó el auto donde iba el condenado, junto al tenderete de una vieja vendedora del mercado, que, al oír los gritos de angustia y desesperación del infeliz, alzó las manos al cielo, y respondió, enternecida:

—¡Adiós, meu fillo! ¡Adiós! ¡Lévanme a matar! ¡Que Dios te acompañe!

No dijo más la pobre mujer, atemorizada. No hizo más que responder a la desgarradora despedida del que llevaban a la muerte.

Mientras la sentencia se cumplía, los falangistas, advertidos, arrancaban a la vieja de su miserable comercio y la metían en la cárcel, donde había de purgar el crimen de haber vuelto la cara hacia un condenado a muerte y haberle dicho adiós. No sé el nombre de la vieja vendedora. Sé que vivía en la calle de Núñez y que

tenía su puestecito desde hacía muchos años en aquel mercado de El Progreso, cuyos vendedores vieron todos la patética escena y presenciaron luego, horrorizados, cómo los falangistas se llevaban a la atribulada anciana.

EL MAESTRO DE NIGRAN

El maestro de Nigran había sido socialista; pero después de los sucesos revolucionarios de octubre, tuvo miedo de la represión y se apartó decididamente de las luchas sociales. Ultimamente se dijo que incluso estaba afiliado a un partido de derechas. Uno de sus antiguos correligionarios, que fué en cierta ocasión a reprocharle que hubiese desertado, le oyó decir textualmente:

—¡Qué quieres! Tengo miedo. Renuncio a la lucha y me meto en mi casa. No me hables más de socialismo ni de revolución.

El hombre estaba casado, tenía hijos, no era ya joven, le faltaba temple para la lucha y no quería más que vivir en paz.

Se encerró en su casa y en su escuela. En ella estaba dando su lección a los chicos, cuando fué la Guardia civil a buscarle. Se lo llevaron a la carretera. En el camino, el maestro y los guardias que le conducían, se cruzaron con un vecino que venía de trabajar en el campo. «¿Adónde llevarán al maestro?», se preguntó, extrañado, el campesino. Apenas había andado doscientos metros, cuando le contestó el ruido de unas detonaciones. Dejó pasar un poco de tiempo y se acercó al lugar de donde habían partido las detonaciones. El cadáver del maestro yacía abandonado

en una cuneta. Los guardias se habían marchado después de cometer su crimen.

A la entrada del pueblo, el campesino se encontró a la mujer del maestro, que salía, inquieta, a buscarle.

—¿No ha visto usted por aquí a mi marido? Los cricos le están esperando en la escuela...

El campesino la hizo volver atrás con una mentira piadosa. Medio kilómetro más allá, la infeliz se hubiese encontrado a su marido «cara al sol», que es el eufemismo favorito de los falangistas para aludir a sus asesinatos.

SIMPLIFICACION DE TRAMITES

Supieron los de Falange que un camarero socialista, llamado Rosendo, estaba escondido en su propio domicilio, una casa de la calle de Núñez, y allí fueron a buscarle. Practicaron un registro minucioso en todo el edificio y no le encontraron.

Pasó el tiempo. Al cabo de unos meses, hubo seguramente una delación más precisa, y los falangistas volvieron a casa del camarero fugitivo. Ya a tiro hecho, se dirigieron al retrete y, efectivamente, allí le encontraron. El infeliz había hecho una excavación en el muro, detrás del lavabo, y en ella se ocultaba.

Los falangistas le sacaron de su escondite y, allí mismo, a presencia de su familia, le mataron. Para que no hubiese ninguna duda.

REFINAMIENTO

Antonio Campos Caride era comunista y tenía veinte años. Cuando triunfaron los militares, se escondió.